

Risa en la oscuridad

Vladimir Nabokov



Albinus, un respetable crítico de arte, se enamora de la joven Margot, que trabaja como acomodadora en un cine, y se fuga con ella. Pero aparece una tercera persona: Axel Rex, un joven y cínico artista que ha sido amante de Margot.

1

Érase una vez un hombre que se llamaba Albinus y vivía en Berlín, Alemania. Era rico, respetable, feliz. Pero un día abandonó a su esposa por causa de una amante joven; amó, no fue amado, y su vida acabó en el desastre.

Ésta es toda la historia, y en eso podríamos haberla dejado de no reportarnos provecho y placer el relatarla; y aunque hay suficiente espacio en una lápida para verter, sintetizada y encuadrada en musgo, la glosa de la vida de un hombre, a todo el mundo le gusta conocer pormenores.

Y dícese que una noche entre las noches, Albinus concibió una idea feliz. Cierto es que no le pertenecía del todo, pues se la sugirió una frase de Conrad (no del famoso polaco a quien todos conocemos, sino de Udo Conrad, el autor de las *Memorias de un hombre desmemoriado* y de aquella otra acerca del viejo mago que se hizo desaparecer a sí mismo en su sesión de despedida). En cualquier caso, Albinus hizo suya la idea, gustando de ella, jugando con ella y dejando que se desarrollase en su interior, cosa bastante para conferirnos derecho a la propiedad legal en la ciudad libre del pensamiento. Como crítico de arte y experto en pintura, a menudo hallaba diversión en atribuir a este o aquel viejo maestro paisajes y rostros que él, Albinus, encontraba en la vida real. Esto trocaba su existencia en bella pinacoteca, atestada de deliciosas falsificaciones. Una noche, mientras concedía unas vacaciones a su erudito cerebro escribiendo un pequeño ensayo (nada brillante, desde luego, pues no era un hombre de dotes excepcionales) sobre el arte del cinema, le llegó la hermosa idea.

Estaba relacionada con los dibujos en colores animados, que acababan de aparecer en aquella época. «¡Qué fascinante sería —pensó— poder reproducir en vívidos colores algún cuadro famoso, con preferencia de la Escuela Holandesa, y darle vida, llevándolo a la pantalla e imprimirle movimientos y gestos en completa armonía con su inmovilidad! Por ejemplo, una cervecería, con unas pocas gentes junto a mesas de madera bebiendo en abundancia, desde la que se viese un retazo de patio soleado y enjaezados caballos. De pronto, todo cobra vida: aquel hombre pequeño vestido de rojo deposita su bock sobre la mesa, se libera la muchacha de la bandeja de su estática postura, y picotea la gallina el suelo, en el umbral. Luego, podría hacerse que las diminutas figuras salieran de la taberna y se pasearan por un paisaje del mismo pintor, que mostrara, acaso, un cielo pardo y un canal helado, donde gentes, con aquellos curiosos patines que se usaban en otros tiempos, deslizándose, trazaran las anticuadas espirales esbozadas en el cuadro; o un camino húmedo, bajo la niebla, y dos jinetes recorriéndolo. Por último, todos regresarían a la taberna y, poco a poco, imágenes y luces cobrando su orden primitivo, colocándose en su sitio, para completar toda la escena con el primer cuadro. Podría también probarse con los maestros italianos: el cono azul de una colina que asoma en la distancia, un blanco camino serpenteante, pequeños peregrinos ascendiendo a todo lo largo... E incluso quizá temas religiosos, pero sólo aquellos de figuras menores. Y el dibujante habría de poseer un profundo conocimiento del pintor de que se tratase y de su época, y, además, estar dotado del talento suficiente para no incurrir en ninguna inconcordancia entre los movimientos que reprodujera y los plasmados por el viejo maestro: tendría que extraerlos del mismo cuadro... ¡Oh, si pudiera realizarse! Y los colores..., los colores serían, de fijo, mucho más atractivos que los de los dibujos animados... ¡Qué cuento podría hacerse! ¡El cuento vislumbrado por un artista, el feliz viaje del ojo y del pincel,

el mismo del pintor escogido, pero vivificado con los tintes que él, Albinus, había descubierto!».

Pasado un tiempo, dio la casualidad de que hablase de su idea a un productor cinematográfico, pero éste no se mostró seducido en lo más mínimo. Dijo que aquello implicaba un minucioso trabajo, que requería nuevos perfeccionamientos del método de animación y que costaría una verdadera fortuna; dijo, también, que un filme de tal envergadura, debido a sus difíciles dibujos, no podría durar, en buena ley, más que unos pocos minutos y, aun así, aburriría a la gente lo indecible, causando general descontento.

Albinus habló con otro hombre de cine. También acogió la proposición con mucha tibieza.

—Podríamos empezar con algo simple —exclamó Albinus—: una vidriera de colores que cobrara vida, motivos animados de heráldica, uno o dos santitos...

—Me temo que no sirve; no podemos arriesgarnos con películas de fantasía.

Pero Albinus siguió aferrado a su idea. Por último, le hablaron de un tipo inteligente, Axel Rex, que tenía una mano maravillosa para el dibujo animado (por cierto, había ilustrado un cuento persa de hadas que hizo las delicias de los exquisitos de París, arruinando al hombre que financió la aventura). Albinus trató de verle, enterándose, no obstante, de que Rex acababa de marchar a los Estados Unidos, donde hacía dibujos para un periódico ilustrado. Después de un cierto tiempo, logró entrar en contacto con él, y Rex pareció interesarse.

Un determinado día de marzo, Albinus recibió una carta del artista, pero el hecho coincidió con una crisis súbita de su vida privada —muy privada—, de forma que la bella idea, que en otras circunstancias acaso hubiera prosperado, al hallar un muro en que enraizarse y florecer, se agostó, marchitándose, en el curso de la última semana.

Rex le escribió que era inútil seguir tratando de atraerse a la gente de Hollywood y añadía, con frialdad, que, siendo

Albinus un hombre de medios, se financiara su idea, caso en el cual él, Rex, aceptaría unos honorarios de tanto (suma sobrecogedora), pagaderos en su mitad por anticipado, por dibujar una película sobre un tema de Breughel —los «Proverbios», por ejemplo—, o cualquier otra cosa que gustara encargarle.

—En tu lugar —indicó Paul, cuñado de Albinus, hombre fornido y bondadoso de cuyo bolsillo emergían los sujetadores de dos lápices y dos plumas—, no vacilaría en aceptar. Las películas ordinarias cuestan más; quiero decir, esas con guerras y edificios que se vienen abajo.

—Sí, pero con éstas recuperas todo lo invertido, y yo no lo recuperaría —objetó Albinus.

—Me parece recordar —dijo el otro, chupando su cigarro puro (estaban acabando de cenar)— que te proponías sacrificar una suma considerable, no menor que la que te pide ese americano. Entonces, ¿qué diablos pasa? No pareces tan entusiasmado como hace unos días. No irás a desecher la idea, ¿verdad?

—Pues no sé qué decirte. Es el aspecto práctico el que más me fastidia; por lo demás, la idea sigue gustándome.

—¿Qué idea? —preguntó Elisabeth.

Era uno de sus pequeños hábitos: hacer preguntas sobre temas discutidos ya exhaustivamente en su presencia. Esto se debía a su nerviosismo y no a torpeza o falta de atención; y en la mayor parte de los casos, antes de concluir su pregunta, recordaba, apurada, que conocía la respuesta desde el principio. A su esposo, sabedor de esta pequeña manía suya, nunca le molestó. Por el contrario, se mostraba sorprendido y divertido. Ante uno de estos casos, solía seguir hablando, constándole que Elisabeth contestaría por sí misma a su pregunta, más tarde. Pero en este particular día de marzo, Albinus se hallaba en un estado tal de irritación, caos y abatimiento que, súbitamente, sus nervios se negaron a resistir.

—¡Qué! ¿Estás en la luna? —preguntó con aspereza.

Su esposa se miró las uñas, diciendo en tono conciliador:

—¡Oh, sí! Ahora lo recuerdo.

Entonces, volviéndose a la pequeña Irma, niña de ocho años que se dedicaba a devorar sin demasiado esmero una taza llena hasta los bordes de crema de chocolate, exclamó:

—No tan rápido, querida; no tan rápido, por favor.

—Yo considero —empezó a decir Paul, aplicando de nuevo el cigarro a su boca— que todo nuevo invento...

Albinus, devorado por sus extrañas emociones, pensaba:

«¡Qué demonios me importan a mí ese tipo Rex, esta conversación imbécil, esta crema de chocolate...! Me estoy volviendo loco y nadie lo sabe. Y no puedo detenerme; es inútil intentarlo. Y mañana volveré allí, y me quedaré sentado como un idiota, en aquella oscuridad... Es increíble».

Ciertamente, era increíble; tanto más cuanto en los nueve años de su vida de casado se había reprimido, y nunca, nunca...

«Por supuesto —pensó—, habría de decírselo a Elisabeth; o marcharme fuera con ella; o visitar a un psiquiatra; o, si no...».

No, no se puede coger una pistola y pegarle un tiro a una muchacha a quien ni siquiera se conoce, por el simple hecho de que nos atraiga.

2

Albinus no había sido nunca muy afortunado en las cosas del corazón. Aunque era bien parecido, no lograba sacar ningún partido de su atractivo sobre las mujeres — pues, decididamente, algo muy seductor irradiaba de su agradable sonrisa y de sus dulces ojos azules, un poco saltones, cuando meditaba intensamente (y, como quiera que su cerebro era más bien lento, esto ocurría con mayor frecuencia de lo debido)—. Buen conversador, pecaba tan sólo de ese ligero titubeo de habla, apenas un balbuceo, que presta renovado encanto a la frase más desabrida. Y, lo que es más (vivía en un mundo germano muy etiquetero), su padre le dejó una fortuna sólidamente invertida; a pesar de todo ello, lo romántico le jugaba la treta de hacerlo vulgar siempre que aparecía en su vida.

En sus días escolares tuvo una tediosa *liaison*, de las que entran en la categoría de los pesos pesados, con una dama triste y madura que, más tarde, durante la guerra, le envió calcetines bermejos, ropas interiores de lana que le hacían cosquillas sobre la piel y enormes cartas apasionadas, escritas a toda velocidad con letra salvaje y criptográfica, en papel de pergamino. Luego, aquella aventura con la esposa del Herr Profesor, a quien encontrara en el Rin; la infiel era bonita, si se la miraba desde cierto ángulo y bajo cierta luz, pero resultaba tan fría y modesta que no tardó en abandonarla. Y, por último, en Berlín, inmediatamente antes de su matrimonio, trabó amistad con una mujer delgada y sombría, que le visitaba todos los sábados por la noche, y solía relatarle todo su pasado detalladamente, repitiendo la

misma condenada cosa, una y otra vez, suspirando aburridamente en sus brazos y redondeando cuanto dijera con la única frase francesa que conocía: *C'est la vie*. Desatinos, tanteos, contratiempos... Sin duda alguna, su Cupido era zurdo, mentecato y castrado de imaginación. Y, fuera de estos febles romances, cientos de muchachas que ocuparon sus sueños, pero a quienes jamás logró conocer; no habían hecho sino cruzarse con él, dejando, con su paso, durante uno o dos días, ese desesperado sentimiento de frustración que hace de la belleza lo que es: un remoto árbol célibe destacado contra áureos cielos; las ondas de luz reflejadas en los arcos de un puente; una cosa imposible de capturar...

Si bien amaba a Elisabeth en un cierto sentido, su esposa no supo nunca satisfacer aquel ansia que él había anhelado hasta el dolor. Elisabeth, hija de un renombrado empresario teatral, era una muchacha cimbrenña, cansina, rubia, dotada de ojos transparentes y patéticos barrillos que asomaban justamente por encima de esa clase de diminutas narices que las novelistas inglesas llaman «*retrousée*» (nótese la segunda «e», añadida por una razón de seguridad).

En su piel delicada, el más leve toque dejaba una mancha renegrada, que tardaba en desvanecerse.

Se casó con ella sencillamente porque sí. Un viaje a las montañas en su compañía, amén de su grueso hermano y una prima notablemente atlética que, a Dios gracias, acabó por dislocarse el tobillo en Pontresina, fueron los principales promotores de su unión. Había algo tan delicado, tan airoso en Elisabeth, y su risa era hasta tal punto sana... Se casaron en Munich, a fin de escapar del agobio de sus muchas relaciones berlinesas. Los castaños se hallaban en plena florescencia. Perdieron una pitillera de oro, joya de familia, en un jardín ya olvidado. Uno de los camareros del hotel sabía hablar siete idiomas. Elisabeth resultó tener una pequeña y tierna cicatriz, fruto de la apendicitis.

Ella era un alma de Dios, afectuosa, dócil y gentil. Su amor era un amor de lirio; pero alguna que otra vez se inflamaba y, en estas ocasiones, Albinus concebía la engañosa idea de el amor.

Cuando Elisabeth quedó embarazada, sus ojos cobraron una vacua expresión de contento, como si estuviera admirando aquel nuevo mundo intestinal suyo; su andar descuidado trocóse en otro alerta, medido, como si se dedicara a devorar puñados de nieve recogidos precipitadamente del suelo, cuando no la veía nadie. Albinus hizo cuanto pudo por cuidarla; la llevó a dar largos y despaciosos paseos; se encargaba de que su esposa se acostase temprano, y cuidaba, cuando Elisabeth se movía por la habitación, que no tropezase con los salientes de algún mueble; pero, por la noche, sus sueños le enfrentaban a una muchacha que yacía, desperezándose, en una cálida playa solitaria, y, en esos sueños, le acometía un repentino temor de ser sorprendido por su esposa.

Por la mañana, Elisabeth consideraba su cuerpo flácido ante el espejo del armario y esbozaba una sonrisa, satisfecha y misteriosa. Un día se la llevaron a una clínica y Albinus vivió tres semanas solo. No sabía qué hacer consigo mismo; bebió una buena cantidad de coñac y se torturó con dos pensamientos oscuros, de clase distinta. El primero era que su esposa podía morir, y el otro que, de tener sólo un poco más de valor, podría encontrar a alguna mujercita cariñosa y volverse con ella a su alcoba vacía.

¿Llegaría a nacer el niño? Albinus recorría en todas direcciones la galería encalada y esmaltada de blanco, en cuyo extremo, al final de unas escaleras, estaba aquella palmera de pesadilla. Odiaba la palmera; odiaba la desesperante blancura del lugar y las *nurses* del hospital, de rojos carrillos y cofias blancas, que, deslizándose, trataban de sacarle de allí. Por último, el cirujano asistente apareció y dijo tétricamente:

—Bueno, se acabó todo.

Los ojos de Albinus vislumbraron como una oscura y fina lluvia, igual a la de una película muy antigua (una del año 1910 que representaba una animada y espasmódica procesión funeraria, las piernas de cuyos componentes se movían con excesiva rapidez). Entró en la habitación. Elisabeth había dado felizmente a luz una niña.

Al principio, ésta ofrecía el aspecto rojo y arrugado de un balón de juguete en decadencia. Sin embargo, su cara no tardó en rellenarse, y, doce meses más tarde, empezó a hablar. A la edad de ocho años era mucho menos expresiva, pues había heredado la naturaleza reservada de su madre. Su alegría era también, como la de Elisabeth, singularmente discreta.

Y a través de todos estos años, Albinus permaneció fiel, mientras la dualidad de sus sentimientos le intrigaba lo indecible. Sabía que amaba a su esposa sincera, tiernamente —tanto, en realidad, como fuese capaz de amar cualquier ser humano—, y se mostraba con ella absolutamente franco en todo, salvo en lo concerniente a aquel absurdo reconcomio, aquel sueño, aquella lascivia que estaba practicando una grieta en su vida. Elisabeth leía todas sus cartas, las que recibía y las que él redactaba; le gustaba conocer los detalles de sus negocios, en especial los vinculados a su comercio de viejos y sombríos cuadros. Habían hecho algunos viajes encantadores al extranjero y pasado muchas veladas bellamente apacibles en su hogar, ocasiones éstas en que ambos se sentaban en el balcón, dominando desde la altura las calles azules, con sus cables y chimeneas dibujados en tinta china sobre el crepúsculo. Albinus concluyó que era feliz, que esta felicidad excedía sus merecimientos.

Una noche (siete días antes de la charla acerca de Axel Rex), Albinus advirtió, al dirigirse a un café donde había concertado una cita de negocios, que su reloj había enloquecido (por lo demás, no era aquélla la primera vez que ocurría) y que contaba con toda una hora, dádiva que usar de una u otra forma. Por supuesto, era absurdo regresar a

casa, al otro extremo de la ciudad; tampoco se sentía con ganas para sentarse y esperar. Caminando sin rumbo llegó a un pequeño cinema, cuyas luces proyectaban un resplandor escarlata sobre la nieve. Dirigió una mirada al cartel, que mostraba un hombre contemplando una ventana en la que aparecía una niña en camisa de dormir, y, después de un titubeo, compró una entrada.

Apenas se había internado en la oscuridad de terciopelo cuando el haz de luz oval de una linterna eléctrica brilló en dirección a él (como suele ocurrir), y no menos suave y ligeramente le condujo a lo largo del fosco pasillo, extendido en suave desnivel. En el momento en que la luz lamió el boleto que llevaba en la mano, Albinus distinguió vagamente la inclinada cara de la muchacha, y luego, al acomodarse, su figura tenue y la serena ligereza de sus movimientos desapasionados. Al alejarse la luz, casualmente iluminado por esta, captó el límpido brillo de un ojo de la muchacha y el perfil difuminado de una mejilla, que parecía pintada por un gran artista, contra un rico segundo plano oscuro. No había nada fuera de lo corriente en todo esto; cosas por el estilo le habían ocurrido con anterioridad, y le constaba que no era juicioso esperar nada de ellas. Ella se alejó, perdiéndose en la oscuridad, y él se sintió de pronto aburrido y triste. Había entrado al final de la película: una joven reulaba por entre muebles derribados ante un hombre enmascarado que la seguía con una pistola. No tenía ningún interés en observar hechos que le eran incomprensibles.

En el entreacto, no bien fueron encendidas las luces, la advirtió de nuevo: se hallaba en pie, en la entrada, junto a la horrible cortina púrpura que acababa de correr a un lado; los que salían se mezclaban a lo lejos. Ella mantenía una mano en el bolsillo de su corto delantal bordado, y su bata negra se adhería muy tensa a sus brazos y senos. Albinus la miró a la cara, casi asustado. Era una cara pálida, sombría, dolorosamente bella. Pensó que podía tener alrededor de dieciocho años.

Luego, vacío ya casi el local y cuando nuevos espectadores empezaron a repartirse a lo largo de las filas de butacas, la muchacha fue de un lado a otro, algunas veces muy próxima a él; pero Albinus volvió la cabeza porque le hería mirarla y porque no dejaba de pensar en las muchas veces que la belleza —o lo que él llamaba belleza— había pasado junto a él, desvaneciéndose.

Durante otra media hora estuvo sentado en la oscuridad, sus prominentes ojos fijos en la pantalla. Luego se levantó y remontó el pasillo. Ella apartó la cortina a su paso, produciendo un leve repique de argollas de madera.

«De todos modos, volveré otra vez», pensó Albinus en su desventura.

Creyó ver que los labios de la muchacha se fruncían un poco antes de dejar caer la cortina.

Se encontró en un charco de sangre roja; la nieve se estaba fundiendo, la noche era húmeda y los rápidos colores de las luces callejeras corrían y se disolvían todos. «Argus», buen nombre aquél para un cine.

Tres días después no había logrado olvidar a la muchacha.

Al entrar de nuevo en el local se sintió ridículamente excitado. Todo ocurrió exactamente como la primera vez: la resbaladiza luz de la linterna, los ojos selénicos, el rápido recorrido en la oscuridad, el lindo movimiento de su brazo de negras mangas al correr a un lado la cortina. «Cualquier hombre normal sabría qué hacer», pensó Albinus. Un coche corría calle abajo, con metálicas sacudidas.

Al marcharse trató de buscar su mirada, pero no tuvo éxito. Caía un firme aguacero y el asfalto desprendía un resplandor carmesí.

De no haber ido allí aquella segunda vez, acaso hubiera podido olvidar esta aventura fantasmagórica, pero era ya demasiado tarde. Acudió una tercera vez, firmemente resuelto a sonreír a la muchacha —y ¡qué desesperado inten-

to hubiera sido aquél, de haberlo llegado a realizar!— Pero su corazón batió de tal forma que perdió su oportunidad.

Y al día siguiente cenó con Paul, discutieron el asunto de Rex, la pequeña Irma engulló su crema de chocolate y Elisabeth formuló sus preguntas habituales.

—¡Qué! ¿Estás en la luna? —preguntó él, tratando más tarde de compensar esta falta de amabilidad con una risita retrasada.

Después de la cena se sentó al lado de su esposa en el amplio sofá y le dispensó menudos besos mientras ella miraba vestidos y cosas en una revista femenina. De una forma opaca se dijo a sí mismo:

«¡Qué diantres! Soy feliz. ¿Qué más quiero? Esa criatura deslizándose en la oscuridad... Como para estrujar su hermosa garganta. En fin, de todas formas está muerta, porque no volveré más allí».

3

Se llamaba Margot Peters. Su padre, portero de una casa, había quedado muy mal a raíz de la explosión de una bomba. Su cabeza gris temblaba sin cesar en confirmación de agravio y congoja. Su madre, joven todavía, estaba también bastante estropeada; era una mujer grosera e insensible cuya roja palma no se levantaba sino para dar golpes. Su cabeza aparecía por lo general envuelta en un pañuelo para proteger el cabello del polvo, durante el trabajo, pero después de su gran limpieza del sábado, en la que se ayudaba con un aspirador ingeniosamente conectado al montacargas, se vestía e iba de visitas. Esta mujer no tenía simpatías entre los vecinos debido a su insolencia y a su forma grosera de ordenar a la gente que se limpiara los pies en el felpudo. La escalera era el mayor ídolo de su existencia, no como símbolo de gloriosa ascensión, sino como algo que debía mantenerse amorosamente pulido, de forma que su peor pesadilla (cuando tomaba una dosis excesiva de patatas y *sauerkraut*) era ver un tramo manchado por el negro rastro de una bota, a derecha e izquierda. Una pobre mujer, en realidad, a la que no había que hacer objeto de burla.

Otto, el hermano de Margot, tenía tres años más que ella. Trabajaba en una fábrica de bicicletas, aborrecía el tímido republicanismo de su padre, surgía en las discusiones políticas de la taberna del barrio y descargaba su puño contra la mesa, para declarar:

—Lo primero que tiene que tener un hombre es la barriga llena.

Era su principio básico, muy sano por cierto.